

bando con el más infimo curial? Allí á ninguno se perdona; ni á dignidades, ni á clases, ni á empleos, ni á Tribunales, ni á Clérigos, ni á Monjes. Allí nada se disimula; ni profanidad, ni ostentacion, ni aparato, ni mesas, ni carrozas, ni muebles, ni injusticias, ni cohechos, ni simonias, ni exámenes, ni provisiones. Allí á todos se les residencia; al Papa, á los Cardenales, á los Obispos, á los Embajadores, á los ministros de Estado, á los de Justicia; á los Eclesiásticos, á los Regulares; sin perdonar ni aún á la infima plebe: y todo con tanta caridad, con tanta viveza, con tanta energía, que el buen Papa Eugenio cuasi pidió cuartel al Santo, y oprimido con las reconvenções, hubiera renunciado la Tiara, si el mismo Santo no lo hubiera sostenido.

¿Ea, señor mio, qué me dice Vmd. ahora? ¿Se está todavía en sus trece, de que los SS. PP. no se valieron de la sátira para reformar al mundo? Pues estése, y buen provecho le haga. ¿Pero qué sacamos de esto? ¿Que el uso de la sátira no es lícito? ¡valiente consecuencia! Allá va este entímema. Los SS. PP. no se valieron, ó no usaron del medio de fundar la Religion de los Capuchinos, para reformar al mundo (porque realmente no fueron SS. PP. los que la fundaron); luego la Religion de los Capuchinos no fué lícita. Consulte el argumentillo con su Padre Confesor; y el bufido con que justamente le responderá á Vmd., tén-galo por dado y délo por recibido.

A Dios, amigo, hasta otra que allá irá. Tal dia, tal mes y tal año.

B. L. M. de Vmd. su lo que quisiere.

Quien Vmd. gustare.

Señor Don CUALQUIERA.

CARTA TERCERA.

De aquel mismo para aquel propio.

Muy Señor mio: á las tres vá la vencida, dice el refran; pero no crea Vmd., que yo escribo con esperanza de vencer, ó de convencer á las tres ni á las trescientas. ¿Sabe Vmd. por qué? por este cuento. Argüia un hombre muy hábil á otro muy tonto. Apurólo, estrujólo, hizolo añicos; pero no pudo conseguir, que el otro no hablase más, que una cotorra. Preguntáronle después, ¿cómo habia ido con el argumento? y él respondió, tomando un polvo con vehemencia: «*Tan grandísimo burro es, que no lo he podido convencer.*» Si: andaos á convencer al Penitente del Padre, ni al Padre del Penitente; cuando entre los dos han inventado un nuevo modo de concluir en *bárbara*, que debió de traer de la Canadá cierto amigo, que en años pasados fué echado de allí, desterrado de Francia, expelido de Roma; y se refugió en Holanda (otros dicen en Ginebra), á hacer vida tan penitente, como la del mismo señor mio. Ello es cierto, que si los salvajes de la Canadá no inventaron el modo y la figura del argumento, aquí por lo ménos no teníamos noticia de la una, ni del otro. Óigalo Vuestra Merced por su vida, que es donoso, y lo propone en el número segundo de su papelote, en esta substancia:

«El abusar de los textos de la Sagrada Escritura para hacer reir, es blasfemia: el Gerundio saca del sepulcro del olvido las blasfemias, y las injurias

« con que vulneraron materialmente á Dios, y á la « Sagrada Escritura, unos predicadores necios, idiotas, ó locos, para que siempre estén hablando en « las villas, ciudades, provincias, y reinos, donde « nunca hubo noticia de ellos: luego ó Gerundiano es « formalmente blasfemo, ó lo ménos, no se escapa « de sacrilego. » ¿Qué dice Vmd. del argumentillo? ¿No se lleva, no digo yo los bigotes, sino las barbas más reverendas, y estas á rapaterron? Mas, allá vá otro argumento en la misma forma: « El abusar de « los textos de la Sagrada Escritura, para fundar, y « para confirmar herejías, es blasfemia heretical: « Los SS. PP. y DD. de la Iglesia, y con ellos todos « los teólogos católicos, sacan del sepulcro del olvido « las blasfemias, y las injurias, con que vulneraron « formalísimamente á Dios, y á la Sagrada Escritura, « unos herejes locos, furiosos y presumidos, para « que siempre estén hablando en las villas, ciudades, « provincias, y reinos, donde nunca hubo noticia de « ellos: luego los SS. PP. y DD. de la Iglesia, y con « ellos todos los teólogos católicos son formalmente « herejes y blasfemos. » No hay qué andar dándole vueltas, que la figura del segundo silogismo no pierde pinta al primero. Si el uno concluye, el otro convence. Pero si aquel es un desbarro, este es una locura.

Con efecto, no son otra cosa uno y otro. Benditísimo de Dios, para qué el discurso de Vmd. fuera discurso, y no fuera rebuzno, le habia de formar así: « El abusar de la Sagrada Escritura es blasfemia: El « Gerundio abusa; luego es blasfemo. » Pero tratarle á este pobre con tan poca piedad, solo porque saca á plaza las blasfemias de otros, caso que lo sean,

ya vé Vmd, que si este modo de argüir llegase á noticia de Fray Toribio, lector de artes, se habia de espiritar de cólera dialéctica. « Sí, señor, (insiste « Vuestra Merced) es blasfemo, y blasfemo garrafal; « porque azuzar á un loco cuya manía es decir blas- « femias, para que las diga, y para que las repita, « es grandísima blasfemia; con la diferencia de qué, « la que es material en el loco, es formal en el que « azuza. » Pase la decision votal, aunque no es tan cierta como la supone el moral del P. Marquina. Si el azuzarle es puramente por divertirse, será una diversion ilícita, y gravemente pecaminosa; pero eso de condenarle rotundamente, no ménos, que á blasfemia formal, es más obra de lo que al Penitente le parece, y se le figura. Mas al fin, corra la opinion como quisiere el Penitente; pues para el caso en qué estamos, importa un pito. Pero dígame, hermano, ¿repetir las blasfemias de un loco, para darle cuatro latigazos, á fin de que no las diga, y con el caritativo intento de curarle aquella manía, es blasfemia formal? ¡Pobres padres de los locos (así llaman en algunas partes á los que cuidan de ellos), si hubieran de cargar en su cuenta las blasfemias de los orates, que repiten á cada paso, para corregirlos! Habia en los orates de Valladolid, un célebre loco, que decia, era dos veces la *Santisima Trinidad*; porque este *Misterio* (añadia), se reduce á ser tres *Personas distintas en una sola naturaleza Divina*: y esta es una *grandísima friolera*: yo soy tres naturalezas distintas en una sola persona verdadera; y tres distintas personas en una sola naturaleza verdadera; ¡este sí, que es misterio! Visitábale el Padre todos los dias, y le pre-

guntaba, ¿cuántas eran las Personas de la Santísima Trinidad? Á que respondia; *Tres y una; una y tres; y yo solo soy las seis.* El Padre empuñaba bien el látigo, y le sacudia el válago, repitiéndole á cada golpe: ¡*Picaro, tú la Santísima Trinidad! Tú tres personas en una sola naturaleza, tres naturalezas en una sola persona. ¡Ven acá, infame; ¿no sabes que eres Crispin el zapatero?* Con eso pasaba á la otra jaula; y el que la ocupaba, viendo la tempestad que habia descargado en la del vecino, le decia con voz ponderosa y mesurada: *Señor Padre, no haga Vmd. caso de ese loco, que es un pobre simple; y pase Vmd. adelante, que yo no me meto en esas honduras; porque me contento con ser San Isidoro.* Pregunte Vmd. ahora á su confesor, señor Penitente, ¿si el Padre de los orates, que repetia sus blasfemias, para castigarlas, era blasfemo? Pues este es el caso en cuestion. El Gerundiano no hace más que repetir las que Vuestra Merced llama *blasfemias* de los que Vmd. llama *nécios, idiotas, ó locos*, para corregirlas, abominando de ellas, y pintándolas tan feas, ó tan locas como son. Pues ¿en qué está la blasfemia? ni ¿á qué propósito viene el casito de moral de los que azuzan á los locos para qué blasfemen? ¿Es azuzar el sacudirles el latigazo, que los levante el ronchon, y les hace levantar el chillido, hasta ponerlo más arriba de las nubes? Ea, confiese Vmd. de buena fé, que es un botarate, y que tan á tontas y á bobas escribe cuando habla de locos, como cuando habla de cuerdos.

Pero dice Vmd. que el Gerundiano saca del sepulcro del olvido, las blasfemias, é injurias, con que vulneran materialmente á Dios, y á la Sagrada Escri-

tura, unos predicadores nécios, ó locos, para que siempre estén hablando en las villas, ciudades, provincias y reinos, donde nunca hubo noticia de ellos. Valga la verdad. ¿Estaba Vmd. en su camisa, ó en su túnica, cuando escribió este despropósito? Dígame buen hombre, ¿habrá aldea tan infeliz en España, donde no se pueda formar un buen tomo de á folio de las locuras y blasfemias, que han predicado, están, y andan predicando los malos predicadores? ¿Hay clérigo, cura, ni fraile, que no esté atestado de necedades, desbarros, y sandeces, que ellos mismos los han oido por aquellos sus mismos oidos pecadores; que ha de comer la tierra? ¿En el mismo país de las conversaciones, hay provincia más fértil, ni más abundante, que la de los predicadores ignorantes, ó locos, cuando se toca esta materia en un corrillo, y aunque sea en la cocina ahumada de la maragatería? ¿Hay arriero, que no contribuya con una recua de cuentos, tan verdaderos y tan chistosos, como los que puede traer el autor de Fray Gerundio, ni otros mil Gerundios como él? Dígame más: la mayor parte de las locuras y de las blasfemias que este cita, no andan de molde por ese mundo de Dios? Las otras que alega, ¿no se predicaron en esos púlpitos de Cristo? ¿Y cree Vmd. en Dios y en su conciencia, que se predicaron en tiempo del Rey Witiza, ó que se imprimieron con licencia del Arzobispo Don Opas? ¿Pues por qué nos sale con esta sandéz, y hace el papon á los sencillos con esas bocanadas? Acuérdomme de este caso, que harto será no venga bien por ser otro Penitente. Acusábase, que no se habia confesado en veinte y tantos años; y

en cada mandamiento echaba por aquella boca sapos y culebras, víboras y dragones. Al acabar la confesion dijo frescamente: *Y para materia más cierta del dolor, me acuso de dos blasfemias de la vida pasada.* Reparólo el Confesor, y le replicó: ¿Pues no me ha dicho Vmd. que en veinte y tantos años no se ha confesado? —Sí, Padre. —¿No me ha dicho que en todo ese tiempo ha sido blasfemo de profesion? —Sí, Padre. —¿Pues, á qué vienen las blasfemias de la vida pasada? —Padre, respondió el Penitente, porque estas ya se pasaron. Señor Penitente mio, remedo del susodicho (no digo en la conciencia, que no supongo tan perdida la de Vmd., sino en la ignorancia, ó en la zorrería); si las blasfemias y las locuras de los Predicadores idiotas, nécios ó locos (segun Vmd. los califica), són frescas, actuales y están chorreando tanta sangre en nuestro reino, como Vmd. no ignora, ¿á qué fin sale con la parvuléz de que el Gerundiano las saca del sepulcro del olvido?

A fé, que ya se me iba olvidando lo mejor. Y dígame Vmd., inocentísima criatura, ¿por qué esas blasfemias han de ser no más materiales en los oradores, ó en los orates, que las predicaron, y han de ser formales y formalísimas en el Gerundio, que solo las resume para burlarse de ellas, para desterrarlas, y para exterminarlas del mundo? Ya lo dice Vmd. con un candor, que hechiza: «Porque los oradores que predicaron fueron unos orates, unos nécios, unos idiotas, y locos; por consiguiente incapaces de vulnerar más que materialmente á Dios y á la Sagrada Escritura. Pero un sugeto tan sabio como el Gerundiano, no puede eximirse de formal blas-

«femia ó sacrilegio.» Apuesto yo á que al leer esto el Gerundiano (si es que lo leyó), haria á Vmd. una profunda reverencia, quitándose el bonete, ó el sombrero, diciéndole: *Vi ringraccio, Padrone mio collendisimo:* ó si su lengua adolece de mal francés: *bien obligé, monsieur.* Porque no se puede negar que le hace Vmd. muchísimo favor, cotejándole con unos hombres, que han sido hasta aquí unos espantamundos. A estos los hace Vmd. incapaces de pecar; y por consiguiente incapaces de Sacramentos. Al Gerundiano lo supone Vmd. no solo pecable, sino tambien pecador; pero al mismo tiempo, como hombre sabio, no le niega Vmd., que pueda arrepentirse, y que sea capaz de absolucion, la que no faltará por ahí alguna buena alma, que se la eche. El pecar ciertamente no es ninguna gracia, pero el poder pecar y no hacerlo, esta sí que es muchísima, segun aquello: *qui potuit transgredi, et non est transgressus.* La impecabilidad en la providencia ordinaria, es poco apetecible; pero la pecabilidad desviada siempre del pecado, es todo cuanto en esta vida se puede desear. Pregúnteselo Vmd. sino á su confesor, cuya sutil escuela defiende por esta razon, entre otras muchas, la pecabilidad de la humanidad de Cristo. Con que, suponiendo Vmd. que los predicadores nécios, idiotas, ó locos, no pueden decir más que blasfemias materiales; pero que el Gerundiano, como hombre tan sabio, puede decirlas muy formales, y que muy formalmente las dice, aunque no le hace la mayor merced en el acto, no deja de hacerle mucha en la potencia.

Por lo tanto, venga á noticia de todos; que siem-

pre que en algun sermon salga á lucirlo *una perfeccion extraña esculpida en el pecho de una dama, cual era un crecidísimo lunar*, no es más, que una indecencia material, de que no se debe hacer aprecio; porque es un nécio, idiota ó loco el predicador que la predicó: siempre que á este lunar y á estos pechos, se apliquen *los textos de la Sagrada Escritura, que habla de los pechos de la esposa*, no es más que una blasfemia material, que debe despreciarse, porque es nécio, idiota ó loco el predicador que los aplicó: siempre que se haga *una pintura no ya cómica, sino lúbrica y obscena de los pechos de la dama, ó de cualquiera otra*, no es más que una obscenidad material, de que solo se pueden escandalizar unos oídos, que no tienen pelo de barba, ni siquiera les apunta el bozo; porque es un nécio, idiota, y loco el predicador que la hizo: siempre que en otro sermon se queje el orador, *de que en todo un día de Dios, no hicieron caso de él en una populosa ciudad; pero que al segundo día toda la ciudad se esmeraba en cortejarlo á competencia*, no es más que una sandez material, que debe causar risa más que enfado; porque es un nécio, idiota, y loco el predicador, que la estampó: siempre que el mismo orador se llame *el predicador Marquina* por antonomasia, significando que *solo á esta voz se alborozó, y se alborotó todo el pueblo*, no es más que una inocentada material, que está corregida con una carejada; porque es un nécio, idiota ó loco el predicador, que la pronunció: siempre que á un jefe de los alcabaleros, se llame *príncipe, porque dice la Escritura, que era el principal de los del oficio*, no es más que una

ignorancia material, que está suficientemente castigada con dos palmetas en la clase de medianos; porque es un nécio, idiota ó loco el predicador, que la construyó tan materialmente: Siempre que el orador se coteje á *si mismo con Jesucristo, y aún le lleve dos deditos de ventaja en la comparacion*, no es más que una blasfemia material, de que solo pueden hacer aspamientos las orejas farisaicas; porque es un nécio, idiota, y loco el predicador, que hizo la comparacion. Pero siempre que todo esto, ó cosa equivalente, se encuentre en el autor de Fray Gerundio, aunque lo repita por mofa, por burta, por escarnio, y por llenar de rubor á los que tienen osadía de predicar de esta manera, téngase entendido, que es una blasfemia formal, y formalísima; porque el tal Gerundiano es hombre sabio, bellacon, marrajote, observador, y de una intencion como de un caballo. Y ve aquí Vmd. como han cargado sobre las espaldas del pobre Gerundiano las iniquidades, las blasfemias, las maldades, y la lepra de los malos predicadores. Bien empleado le está al insolente y atrevido, para que otra vez no se meta en Gerundios de once varas!

No obstante lo dicho, debo prevenir, para descargo de mi alma, que por ningun caso admito, adopto, ni aún tolero la proposicion generalísima, en que el Sr. Penitente pésimamente instruido funda su silogístico armatoste. Sienta como indubitable la tal proposicion, con este sapientísimo regüeldo: «Digo lo primero: que el abusar de las palabras de la Sagrada Escritura, mezcladas con las profanas, para mover á risa, celebrar desatinos, herir con sátiras, chistes y cuentecillos, como ejecuta el Gerundiano en su

«decantada historia, es á mi ver manifiesta la blasfemia, sin que haya doctor, ni autor que lo contradiga.» ¡Hay tal chiste, ó por mejor decir, hay tal satisfaccion, y tan ignorante bobería! Pues yo le digo lo primero; que no me señalará un solo autor de nota entre los sabios, que enseñe ese disparate. Yo digo lo segundo; que todo cuanto enseñan los mayores teólogos en este punto, se reduce á tres proposiciones. La primera: el usar ó abusar de la Sagrada Escritura para cosas profanas, en rigor y propiamente, no es blasfemia: *Propiè non est blasfemia, si quis verbis Scripturæ utatur ad profana*. La segunda; el usar ó abusar de ella para cosas profanas ó torpes, cuando se junta con desprecio de las mismas palabras, es pecado mortal de sacrilegio, por ser contra la reverencia debida á las cosas sagradas: *Si tamen utatur ad turpia, vel ad profana, cum contemptu, semper est grave peccatum contra reverentiam rebus sacris debitam*. La tercera; pero el usar ó abusar de ellas para zumba de cosas lícitas y honestas, y aunque sea tambien por chistes y gracias (como sea sin desprecio, y la demasiada frecuencia, no dé motivo para juzgar que es con él,) no será más que pecado venial: *Si autem ad res honestas utatur per jocum, etiam ad facetias, adsitque contemptus, non erit nisi peccatum veniale*. Vea Vmd todas estas proposiciones, con estas mismas voces, en el P. La-Croix, parte primera, libro 3, núm. 256; y no le considero á Vmd. tan parvulillo, que tuerza el hocico al autor. Y vea Vmd. tambien en que ha parado toda aquella bocanada, de que no hay doctor ni autor alguno, que diga, que no es blasfemia, el abusar de las palabras

de la Sagrada Escritura, para mover á risa, celebrar desatinos, etc. ¿Ni cómo podia haber doctor ni autor, que dijese tamaño disparate, sabiendo qué cosa es blasfemia? Todos los teólogos la definen así: *Maledictio, sive verbum contumeliæ adversus Deum*. Un desprecio, vituperio, contumelia, ó convicio contra Dios, sea de palabra, sea de obra. Definicion que tomaron de San Agustin, libro 2, de moribus Manichæorum, cap. 2, donde la describe de esta manera: *Est autem blasphemia cum aliqua mala discuntur, de bonis: itaque jam vulgo blasfemia non accipitur, nisi mala verba de Deo dicere: de hominibus nonnumquam dubitari potest: Deus vero sine controversia bonus est*. «Blasfemar, dice el Santo atendiendo precisamente al origen, y significado primitivo de la voz, no es otra cosa, sino decir mal de los buenos; pero como solo Dios es bueno sin controversia, y de los hombres se puede dudar; ya por blasfemia se entiende comunmente hablar mal de Dios con desprecio de sus atributos.»

Pues como sea cierto, que puramente el abusar de la Sagrada Escritura, aunque sea para chistes y para gracias, con tal que estas no se dirijan á hablar mal de Dios, ó vituperarlo, ó escarnecerlo, ó quitándole sus atributos, ó fingiéndole los que no tiene, ó tratando con desprecio, ó con desacato los que le competen; no es desprecio, contumelia, ó vituperio contra Dios; es innegable, que puramente el abusar de la Escritura Sagrada, no es blasfemia; y que ningun autor ni doctor pudo decirlo con la generalidad, que lo pronuncia el Domine Penitente, asesoreándose sin duda con su teólogo de cámara el P. confesor.

Pero no nos detengamos en lo que á mí no me importa. Sea en hora buena blasfemia, y blasfemia heretical, este intolerable abuso. *¿Quid indè?* ¿Luego el Gerundiano es un blasfemo y un hereje de á tiros largos, con equipaje de cámara y reposteros fabricados en Ginebra? ¿Por qué? Porque abusa de la Sagrada Escritura para celebrar desatinos. Usted está en su jubon? Harto será que lo tenga; y seguramente que no le pesará de eso en la hora de la muerte. Pero, dígame, hermano carísimo; ¿qué desatinos celebra el Gerundiano? Los de los predicadores nécios, idiotas y locos? Pregúnteselo Vmd. á ellos, si los celebra. ¿No los ataca? ¿no los deshace? ¿no los aniquila siempre que se le ponen delante? Las visibles ironías de que usa, ¿no son unas penetrantes saetas que les pasan de parte á parte el corazon, sin poderlas desprender, por más vueltas y revueltas que den para arrancarlas? *Hæret lateri lactalis arundo?* ¿Tienen otro verdadero principio esos clamores, esos alaridos con que han llenado el mundo de lastimosa bazofia? Porque, créame Vmd., hermano, todas las demás injurias, agravios y vilipendios de las sagradas Religiones, que pretexto, son cuento y más cuento, espantajos y cocos, para atemorizar á los chiquillos. ¿Y á esto llama Vmd. *celebrar desatinos?* Vaya un cuentecillo. Habia en Roma cierto flautero de teatro, llamado *Príncipe* (no necesitaba más su confesor para tratarlo de Alteza en algun sermon.) Éste en cierta representacion se rompió una pierna, de que estuvo muy malo. Aún no estaba bien convalecido, cuando no sé que caballero, que había de dar al pueblo unas grandes fiestas, le instó, le importunó y le untó tanto

las manos, para que se dejase ver en ellas, que al fin Príncipe no se pudo negar, ni resistir á la eficacia del unto. Apénas subió al teatro, cuando la música comenzó á cantar el motete acostumbrado, con que solia dar principio á las piezas dramáticas.

Alégrate, Roma,
Festéjate y rie:
Alégrate, Roma,
Que el *príncipe* vive.

Lætare, incolumis Roma, saluo Príncipe.

El simple del flautero creyó que se cantaba por él, lo que se decia por el emperador. Esponjóse, ensanchóse, empavonóse, y se deshacia á besamanos y á cortesías, para corresponder á los que á su parecer festejaban tanto el recobro de su importante salud. Conocen los mirones la fatuidad de aquel tonto; riense á carcajada tendida, hacen que la música repita por burla el motete que comenzó de veras y por costumbre; *iteratur illud*; repítese: y mi hombre, firmemente persuadido á que aquello era por celebrarle más y más, se tiende á la larga en el púlpito, como que ya no podia más con el aplauso: *Homo meus se in pulpito totum prosternit*. Resuenan las carcajadas por todo el teatro, y especialmente la gente noble como más advertida, continuaba en los aplausos irónicos y burlescos, con que celebraba la salud del Príncipe; *Plaudet illudens eques*. De manera, que la que comenzó comedia, prosiguió y acabó entremés. Mal me quieran mis comadres, si el modo con que el Gerundiano celebra los desatinos de los predicadores, no es todo

parecido al modo con que aquellos caballeros romanos celebraban la locura del infatuado trompetero. Y si les abruma este género de aplausos, bien pueden tenderse á la larga en el púlpito y boca arriba, que con esto pasarán de Gerundios á Supinos.

Hablemos un poco más sérios. ¿No me señalaría Vd. por su vida una sola parte de la Historia de Fray Gerundio, en que su autor abuse de la Sagrada Escritura para sátiras y cuentecillos? Encontrará Vmd., sí, innumerables abusos del Sagrado texto. ¿Pero cómo? Los más copiados á la letra de los sermones impresos que andan ó pueden andar en las manos de todos: otros muchos trasladados de los manuscritos ó resumidos fielmente de los que se predicaron, oyéndolos el mismo autor: algunos, y son muy pocos, fingidos por él; pero aplicados propísimamente y aún idénticamente ni más ni menos como los predicadores Gerundios: y los unos y los otros vigorosamente combatidos y graciosamente rechiflados, siempre que salen á la palestra. Pues ahora, dígame Vmd.: ¿es abusar de la Sagrada Escritura, referir literalmente los abusos de otros, y detestarlos con el mayor empeño? ¿Es vulnerar el Sagrado texto, remedar con toda propiedad las armas, y el modo con que otros le vulneran, y combatirlos con el mayor rigor? ¿Es faltar á la veneracion y á la reverencia debida al Espíritu Santo, pintar con viveza las diferentes maneras con que otros faltan á ella, y dar en ellos como en centeno verde? En una palabra, ¿es profanar los Libros Sagrados, hacer ver de bulto las profanaciones de otros, y abominarlas, y anatematizarlas, y hacerlas detestables por los medios posibles?

Ea, mire Vmd. lo que responde, porque si dice que no, como debe, dió en tierra todo su armatoste; si dice que sí, debe decir consiguientemente, que todos los predicadores celosos, que explican en el púlpito los varios modos que hay de blasfemar, son unos blasfemos: si dice que sí, debe decir, que todos los Santos PP. y DD. de la Iglesia, que refieren en sus obras las diferentes herejías que se han levantado contra ella, son unos herejes; que todos los teólogos que resúmen en sus escritos las opiniones erróneas, son unos descaminados: y en suma, que todos los ascéticos, que en sus libros pintan con tanta viveza los vicios, las pasiones, y los desórdenes de todos los estados, clases y posesiones, son unos impíos y disolutos. No ha hecho otra cosa el Gerundiano con el sagrado texto; y añadido más, que tampoco podia dejar de hacerlo.

Y sino, vamos á cuentas. Siendo uno de los más principales, de los más importantes y de los más necesarios fines del historiador de Fray Gerundio, desterrar del púlpito católico el sacrilego abuso de la Sagrada Escritura; era absolutamente indispensable hacer visible este abuso. Para esto no habia más que dos medios; ó copiarlo fielísimamente con las mismas voces y palabras, con que se halla en los Predicadores, ó con que á cada paso se les oye; ó remedarlo en alguna pieza fingida; pero con tanta propiedad, que en nada se diferenciase del que se lee ú oye en los sermones verdaderos. No tiene Vmd. que aporrear, porque no encontrará otro medio; y si lo encuentra, avíseme, que yo le pagaré el hallazgo. Pero no me salga Vmd. con la pata de gallo, de que todo

se podia hacer muy bien, sin especificar nada, hablando en general de abusos, profanaciones y sacrilegios; porque esas generalidades no son medio, ni calabaza, sino bulla, estruendo cacareo y nada más. Jamás se ha remediado cosa alguna con ellas, sin especificar los desórdenes, pintándolos con sus pelos y señales; ó ya como se hallan en personas verdaderas, ó ya como se suponen en personas fingidas. De otra suerte no hay que esperar curacion; porque no hay que esperar que se den por entendidos los enfermos. Del primer medio se valió el Apóstol San Pablo. Tuvo noticia de las parcialidades que dividian á los Corintios, con peligro de que viniesen á parar en un cisma declarado. Y así para atajar todo el daño que amenazaba, como para que no las pudiesen negar, se las resumió con las mismas palabras con que ellos las fomentaban. *Hoc autem dico, quod unusquisque vestrum dicit: Ego sum Pauli; ego autem Apollonis, ego verò Cephæ.* (Yo os digo aquello mismo, que decís vosotros: Yo soy de Paulo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo). Vé aquí al Apóstol resumiendo y repitiendo los mismos cismas, ó las mismas cismáticas y sediciosas palabras de aquellos alucinados cristianos, para atacarlos despues. Del segundo medio se valió el Profeta Nathan, para reprehender el adulterio y el homicidio de David, en la parábola del rico y del pobre; del huésped y de la oveja. El pobre era Urias, el rico David: el huésped su desordenado apetito, y la oveja era Bersabé. Debajo de aquellas personas fingidas, le hizo un retrato tan vivo de sus delitos verdaderos, que apenas el Profeta corrió el velo ó la cortina con aquellas palabras: *Tu es ille vir;*

(Tú eres ese mal hombre); cuando se reconoció David en el retrato, *peccavi Domine*; y arrepentido hizo y padeció la penitencia, que se sabe, pasando de Rey adúltero á Monarca Penitente.

¡Ah, si Vmd. lo imitára, señor Penitente mio! Pero no le veo traza: porque las señas de Vmd. no son de Penitente arrepentido, sino de Penitente azotado, á manera de Anton Zotes, cuando el galanteo de Cantanla. Mas al fin agradézcame Vmd. la buena voluntad; y en todo caso tenga entendido, que Gerundiano, en los abusos de la Sagrada Escritura, que fielmente repitió, imitó al Apóstol San Pablo; pudiendo decir á los verdaderos Gerundianos, con el mismo Apóstol: *Yo no digo más que lo que vosotros decís; ó lo que cada dia estais diciendo cada uno de vosotros: Hoc autem dico, quod unusquisque vestrum dicit.* En los abusos que copió en las dos piezas parabólicas, imitó perfectamente al Profeta Nathan; pudiendo y debiendo decir con él á cada uno de los Gerundios: *Tu es ille vir*, tú eres el que predicó el sermón de Cabrerizos; tú, el que predicaste la *Plática de Disciplinantes* allá donde tú sabes. Pero para unos y para otros dejó juiciosísima y piadosísimamente prevenida en su prólogo, aquella religiosísima protesta, que dudo que en su línea quepa cosa más seria, más ponderosa ni más grave. Y porque Vmd. se da por desentendido de ella, sea descuido, ó sea malicia, ó falta de memoria; tengo por muy conveniente repetírselo aquí en toda su estatura natural; así para hacerle á Vmd. este recuerdo, como para desengañar y abrir los ojos á los que, alucinados con su figuron áustero, no le conocen tan bien como le conozco yo. Allá va pues

en cuerpo y en alma el número 62 del *Prólogo con Morrión*: « Para esto, lector mio, ha sido indispensable citar muchos textos de la Sagrada Escritura, como los citan los Fray Gerundios: aplicarlos como ellos entienden. Pero ¡hola! no te persuadas, ni aún de burlas, á que los cito, los aplico y los entiendo de veras, como los entienden ellos. Tengo muy presente así el gravísimo Decreto del Concilio de Trento, como las Bulas de Pio V, Gregorio XIII, Clemente VII y Alejandro VII, contra esta sacrilega profanacion. Protesto, que ántes quemara mil Historias de Fray Gerundio, que contravenir, ni aún ligerísimamente, á tan severa como sagrada prohibicion. Pero no era posible hacer ridículos á los Predicadores, que incurren tan lastimosamente en ella, sin hacer ridículo el modo con que ellos manejan el sagrado texto. Mas eso ¿cómo podia ser sin citar el texto, y sin burlarme del modo con que lo manejan ellos? Así pues, siempre que encuentro algun lugar de la Sagrada Escritura ridículamente entendido ó estrafalariamente aplicado, tengo entendido que es por burlarme de ellos, por correrlos, avergonzarlos y por confundirlos; y por consiguiente, que esta impiedad debe ir de cuenta suya, y no de la mia. Cuidado con esta advertencia, que es de suma importancia. Pues al fin, aunque nosea más que un pobre Clérigo de Misa y olla (y esta flaca) soy un poco temeroso de Dios: me profeso rendido, y obediente á las leyes de la Iglesia; y por fin y postre, tengo mi alma en las carnes, á la cual estimo tanto, como puede estimar la suya un Patriarca. » ¿ Quiere Vmd. más? ¿ Pudiera el Gerun-

diano hablar de esta manera, despues de haber leído el papelote de Vmd. y del otro comiliton, que tiene apellido *Gótico*, y le mudó en el de *Fray Amador de la Verdad*, cuando entró en la Orden? Y por el amor de Dios no me salga Vmd. con la grandísima friolera, de que no todos leen el Prólogo; cantinela que ya tiene abochornados los hígados. Léanle ó revienten, que para eso se hizo. No tuvo otro fin la fundacion de los prólogos, sino dar á los lectores la razon de toda la obra en miniatura; instruirlos de su idea y de sus principales partes; y sobre todo avisarlos de los escollos en que pueden naufragar. Es el prólogo en los libros, lo que la carta en la navegacion, el farol en las tinieblas, y el prenotado en las disputas. El piloto que no gobierna con el ojo en la carta, ó encallará ó se estrellará. El que camina de noche y sin farol, se romperá las narices. El que en una disputa no se hace cargo de los prenotados, se desgañitará impugnando lo que no le niegan. ¿ Y quién tendrá la culpa de esto? Su atolondramiento y su inconsideracion. Vaya con un v. g. que anda en las manos de todos. El que no leyere el prólogo *Galeato* de San Jerónimo, que pone á la frente de su version vulgata de la Escritura; que las veinte y dos Prefaciones, que incluye en él á cada uno de los veinte y dos libros, de que se compone el Testamento Antiguo, dará de hocicos á cada paso (especialmente si tiene alguna tinturilla de la lengua hebrea y griega), atribuyendo á descuido ó á ménos inteligencia del doctor Máximo, lo que es falta de reflexion ó sobra de satisfaccion en el lector minimo.

De este principio nacieron tantos falsos testimonios

como levantaron **al** máximo de los Doctores, todos aquellos Grecitantes y Hebraizantes del Norte, que desde la mitad **del** siglo pasado hasta la hora presente, conspiraron en desacreditar la Vulgata, porque les incomodaba mucho; acusando al Santo Doctor, de que quitaba y añadía á la version de los *Setenta*, lo que le daba gana: sin querer hacerse cargo de **lo** que tantas veces, y por modos muy diferentes dejaba prevenido en sus prólogos. En vano les está clamando el Santo: *Audi, æmule Obtrectator, ausculta. Non damno, non reprehendo Septuaginta, sed confidenter cunctis illis Apostolos præfero.* « Oye, envidioso calumniador y murmurador, escucha. **No** condeno á los *Setenta*, no los reprehendo: prefiero sí el testimonio de los Apóstoles á todos los testimonios ». *¿Quid livore torqueris? ¿Quid imperitorum animos contra me concitas? « Pa- ra qué te estás consumiendo de envidia? ¿A qué fin esa bulla y esa gritería, con que intentas alborotar contra mí á todos los ignorantes? »* — Pero ni por esas: adelante con su tema: cada dia más enfurecidos en su conspiracion sediciosa, sin darse por entendidos de lo que el Santo les decia en abono de su version. ¿No es esto á la letra el caso en que nos hallamos? Pues, señor Penitente, váyase vmd. al rollo; y no nos maree más con su pretendido abuso de la Sagrada Escritura.

Harto mejor le fuera á Vmd. entender bien los textos de la Sagrada Escritura, y no aplicarlos tan ignorante y disparatadamente como los aplica. ¿Puede haber necesidad más lastimosa, ni ignorancia más supina, que la que Vmd. se atrevió á escribir en su nú-

mero 2? « Decir (son palabras formales de Vmd.) « que al modo que Cervantes desterró con su Don Quijote muchos abusos; y el Obispo de... con el « Sermon del *Ungüento que cayó en la barba de Aaron*, atajó el abuso de la predicacion en su Obispado; así tambien con esta Hittoria de Fray Gerundio, ó segundo Don Quijote, se podrá remediar tan grave daño. Decir esto, es una proposicion opuesta directamente á la sentencia de San Pablo: *Neque qui plantat est aliquid, etc., etc. Item, non est violentis, neque currentis, etc.* » ¡Oh el teólogo profundo! ¡oh el expositor científico! ¡oh el incontrastable dogmático! ¡Y el pobre caballero, fraile ó lo que fuere! Segun esto será directamente opuesto á la sentencia del Apóstol, todo cuanto se hiciere en este mundo, para ver si se pueden remediar algunos daños, sean graves, sean leves, sean del alma ó del cuerpo! El médico que ha experimentado inútiles unas medicinas, aplica otras, para ver si puede curar al enfermo, es un hereje; porque se opone directamente á la sentencia del Apóstol: *Neque qui plantat est aliquid, etc.*! El confesor que ve que no alcanzan unos medios y se vale de otros, para desarraigar un vicio al Penitente, es un hereje; porque se opone directamente á la sentencia de San Pablo: *Neque qui plantat est aliquid, etc.*! El abogado que entabla de otra manera el pleito, para ver si puede ganarlo, es un hereje; porque se opone directamente á la sentencia del Apóstol: *Neque qui plantat est aliquid etc.* El que se casa por mejor servir á Dios, y en el mismo dia se arrepiente, y usando de su derecho, se va á meterse Fraile Capuchino, pareciéndole que

así le podrá servir mejor, es un hereje; porque se opone directamente á la sentencia de San Pablo: *Neque qui plantat est aliquid*, etc.! El hortelano que planta un cantero de lechugas en una parte, y viendo que se ponen talladas, las replanta en otra, para ver si se logran, es un hereje; porque se opone directamente á la sentencia del Apóstol: *Neque qui plantat est aliquid*, etc.! Déjolo; porque es cargo de conciencia gastar tiempo en más inducciones.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

LIBRO SEXTO.

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO PRIMERO. Donde se refiere lo que no se sabe, pero al fin del capítulo se sabrá su contenido.	5
CAP. II. Estornuda el Beneficiado: interrúmpese la conversacion con el <i>Dominus tecum</i> y con el <i>Vivan Vdes. mil años</i> , y después se suena.	22
CAP. III. Dispone Fray Gerundio su Semana Santa.	36
CAP. IV. Interrúmpese la obra por el más extraño suceso que acaeció al autor, y de que quizá no se encontrará ejemplar en los anales.	54
Última parte de la historia del famoso predicador <i>Fray Gerundio de Campazas</i> , que en su primitiva edicion formaba el tercer tomo de la obra . . .	75
Prólogo breve y compendioso del tercer tomo de la Historia del famoso predicador español <i>Fray Gerundio de Campazas</i>	77
Carta de un Padre Carmelita descalzo al reverendísimo Padre Isla.	81
Del Padre Marquina al autor de la aplaudida histo-	